

# Ideología y retórica feminista de dos representantes del realismo.

## Un acercamiento comparativo a partir de *Tormento* de Galdós y *El americano* de H. James

M<sup>a</sup> Ángeles Varela Olea. Prof. Adjunta de Literatura Española

Son muchas las coincidencias entre dos de los mayores talentos literarios de todos los tiempos –el español Benito Pérez Galdós y el americano nacionalizado inglés Henry James–. Sus coincidencias cronológicas, biográficas, ideológicas y literarias permiten un estudio comparativo capaz de valorar con mayor perspectiva sus logros literarios y de enjuiciar su posicionamiento ideológico, y más concretamente, su postura respecto a la situación de la mujer.

Ambos escritores vivieron el mismo periodo histórico y escribieron sobre una misma clase social –fundamentalmente, la burguesa con pujos aristocráticos–, como narradores se situaron en una similar perspectiva omnisciente, fueron escritores aficionados a viajar por Europa (Francia, Italia e Inglaterra preferentemente), ideológica y religiosamente similares en su reformismo y en su deseo de plasmar literariamente la existencia de otros modos de pensar y la necesidad de convivir armoniosamente con ellos, y ambos, en lo privado –y esto es también significativo para nuestro estudio– fueron solterones impenitentes. Como curiosidad anecdótica, se habla incluso de que ambas vidas estuvieron marcadas por una devoción adolescente a sus respectivas primas (Mary Temple y Sisita<sup>52</sup>, quienes además habrían sido modelo decisivo de heroínas posteriores).

Las mujeres serán protagonistas de la mayoría de sus novelas: inteligentes, psicológicamente muy interesantes, atractivas y, en muchas ocasiones, víctimas de una sociedad masculina y machista, con normas muy diferentes para las féminas.

---

<sup>52</sup> Lyndall Gordon, *A private Life of Henry James*, Norton, 1998 y P. Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, Barcelona: Crítica, 1996.

# 1. Focalización narradora, localismo y europeísmo

A pesar de trayectorias vitales tan similares, destaquemos una diferencia básica en su concepto literario: Los protagonistas jamesianos serán viajeros cosmopolitas, muchas veces extranjeros clarividentes enjuiciadores de las costumbres del lugar en que viven, y en la novela galdosiana, en cambio, las referencias a otros países son escasas y superficiales, muestra del tenaz deseo del novelista por convertir la obra literaria en análisis de la sociedad española; menos ambicioso en extensión geográfica, pero más peculiar y profundo. Podría añadirse que, aun así, su tierra natal canaria prácticamente no aparece, en tanto que opta por un Madrid síntesis española, lugar de encuentro y representación del todo nacional.

Henry James -quizás por haber nacido americano- realiza un análisis social menos localista y más europeo. Los personajes, incluso las mujeres, llevan una carga biográfica: son seres con pasado sentimental y con experiencia cultural de otros países. El protagonista de *El americano* se enamora de Claire, perteneciente a una familia aristocrática en la que sólo logra simpatizar con el hermano menor, muy unido a ella. Aunque los hermanos viven en Francia, de donde era su padre, son hijos de madre británica y esta circunstancia les hace peculiares respecto a los franceses, tanto, que James hablará del «abismo producido por la diferencia de razas» latina y anglosajona<sup>53</sup>. Después de esta gran novela, James escribe otra, corta, que invierte la perspectiva contando las vicisitudes de otros dos hermanos de caracteres semejantes a los de la anterior novela, pero protagonistas del éxodo contrario: Ellos son *Los europeos* del título que viajan a Norteamérica, a Boston, donde contemplan y reflexionan sobre las costumbres de este país. El padre de los protagonistas (Eugenia y Felix) era siciliano; la madre, norteamericana; los hermanos, la primera nacida en Austria, casada con un príncipe alemán, y él, nacido en Francia. Asistiremos aquí nuevamente al choque entre dos culturas: La tradición y la seriedad europea, como dice Felix, y el moderno pragmatismo desenfadado de lo norteamericano.

Sin embargo, a pesar de este cosmopolitismo, James por boca de un personaje con mucho de autobiográfico, dice considerar una desgracia el hecho de que una buena novela tenga por escenario el extranjero<sup>54</sup>. En este otro relato reflexivo sobre la naturaleza, condiciones y fines de su oficio literario –*La lección del maestro* (1892)–, el escritor maduro aconseja al joven, viajero mundano, que se quede entre ellos en Inglaterra, y, como novelista, se ocupe «de lo que nos toca más de cerca»<sup>55</sup>. Valora lo nacional y propio como la materia novelable, exactamente igual que expondrá Galdós en innumerables ocasiones. No cabe duda de que el escritor español se propone y realiza un análisis social nacional, en el que Inglaterra o Francia son vagas referencias idealizadas de sistemas más democráticos y tolerantes que el propio. Ni siquiera los aristócratas de *Lo Prohibido* (1884-5) son tan cosmopolitas y viajeros como los de James, posiblemente, porque siendo Galdós un hombre que viajaba, era consciente de que no era ésta una costumbre tan arraigada en España como en el extranjero y, además, por circunstancias históricas evidentes, Cuba y Filipinas son los lugares fuera de la Península mencionado más frecuentemente en sus novelas como destino de los escasos personajes que viajan.

El siempre lúcido Rodolfo Cardona escogió tres novelas de cada uno de estos autores para mostrar las

<sup>53</sup> H. James, *El americano*, Alba Editorial, Barcelona, 2002, pp. 130-1 respecto a las diferencias fisonómicas, si bien, toda la novela retrata a estos hermanos como peculiares en Francia por su origen anglosajón. Respecto al ideal social de H. James, vid. M. Antonia Álvarez, *América-Europa como ideal de civilización en Henry James*, Madrid: UNED, 1988.

<sup>54</sup> Estas son las palabras del Maestro literario a su discípulo y que, sin que sea aventurarnos mucho, podemos atribuir como pensamiento de H. James. (*La lección del maestro*, Espasa Calpe, Madrid, 2004, p. 109).

<sup>55</sup> *Ibíd.*, p. 115.

coincidencias y diferencias de ambos. A pesar de las evidentes disparidades culturales y estilísticas, coinciden temática y argumentalmente, quizás por beber ambos de las mismas fuentes contemporáneas (Dickens, Balzac, Flaubert, Manzoni, Turgenief...). No obstante, como el crítico indica se limita a sugerir un esquema, prometedor, de los encuentros y desencuentros entre *Doña Perfecta* y *El americano*, *La Desheredada* y *Retrato de una dama*, *Fortunata y Jacinta* y *Las alas de la paloma*<sup>56</sup>. De entre los muchos acertados apuntes de dicha conferencia, cabe destacar algunas semejanzas entre estas dos últimas novelas cumbre de ambos escritores sobre triángulos amorosos en los que las protagonistas femeninas no legítimas sobresalen por su indómito carácter: Fortunata y Kate. Ambas maquinan el modo en que lograr el matrimonio con el hombre amado, aunque personalmente no me cabe duda de la superioridad de la madrileña, más humana y tierna al pretender sólo amor, en tanto que la inglesa, como personaje de James, se mueve por dinero (como sucederá en *La copa dorada* o en *Washington Square*). Fortunata se redime por amor, un clásico de nuestra literatura nacional que nos la eleva moralmente; Kate, no. Pero, volviendo a un aspecto coincidente que señala Cardona, la verdadera novela se encuentra en los deseos y pensamientos de las cuatro mujeres que las protagonizan, siendo la trama algo secundario<sup>57</sup>.

En ambos escritores, la perspectiva americana es el soplo de aire renovador. Centrándonos en las novelas escogidas, el americano viene del Nuevo Mundo a enjuiciar el Viejo Continente con la mirada fresca y candorosa que los europeos hemos perdido. Resulta sumamente interesante tener en cuenta que en novelas argumentalmente tan diferentes como *El americano* de James y *Tormento* de Galdós, ambos escritores recurren a la perspectiva de un personaje americano en la sociedad europea de fines del siglo XIX. Este recurso les posibilita un juicio distanciado con dos rasgos especialmente estimables y difíciles de aunar en un sólo personaje: *inocencia* y *experiencia*. Viniendo de otro país, los americanos son libres de pecado como niños para sorprenderse ante lo absurdo y a veces injusto de nuestras convenciones, pero además, son maduros e inteligentes como hombres para enjuiciarlo. Su estupefacción parece preguntarnos cómo es posible que hayamos convertido en costumbre comportamientos tan injustos. Injusticia que se ejerce primordialmente sobre los más indefensos: Las mujeres.

Los protagonistas de las dos novelas son hombres provenientes de América, es decir, del Nuevo Mundo. Lo cual significa también, que son portadores de las nuevas ideas y de la modernidad frente a una sociedad europea llena de convenciones, justo cuando surgen las primeras tentativas de progreso. En las dos novelas mencionadas, los personajes americanos se enamoran de europeas. Juzgadas de acuerdo a estas nuevas ideas, ambas mujeres son un dechado de virtudes, a pesar de que sean unas incomprendidas en la enferma sociedad europea en la que viven.

La literatura realista de este periodo pretende ser un reflejo fidedigno de la realidad, de ahí que las víctimas más sumisas y desarmadas de la sociedad europea sean las mujeres. Los dos autores delegan en sus protagonistas masculinos la perspectiva enjuiciadora respecto a la situación de las mujeres en el Viejo Continente, siendo transcripción de sus propios pensamientos. Tanto Galdós como H. James se sitúan en un progresismo bastante semejante, que emplea el texto literario para ilustrar algunas de las dificultades y nocivas costumbres que impiden el avance social.

Recuerda Cardona que Ezra Pound hizo también referencia a la sustancial semejanza de ambos escritores a la hora de encarar el texto literario sumergiéndose totalmente en una lucha contra las tiranías y coacciones. A E. Pound, Galdós, Turgenief, Flaubert y Henry James le parecen representantes del combate contra el

---

<sup>56</sup> R. Cardona, «Henry James y Benito Pérez Galdós: Encuentros y desencuentros», *Actas del VII Congreso Internacional Galdosiano*, Las Palmas de Gran Canaria, 2001, pp. 894-898.

<sup>57</sup> *Ibíd.*, p. 897-8.

*provincialismo* que fuerza a los demás hacia la uniformidad<sup>58</sup>. James y Galdós defienden la individualidad que el localismo coarta.

James y Galdós emplean una perspectiva narradora semejante: La narración se realiza a través de personajes portadores de sus propias ideologías, a quienes respetan o admiran, logrando así la **focalización** o **perspectivismo** con la que el mundo es percibido a través de la experiencia de dichos personajes. El narrador ve, oye y sabe lo que su personaje ve, oye y sabe, pero lo que más nos interesa es que piensa lo mismo que el autor. El narrador todavía no se ha subsumido en el personaje, recurriendo a la primera persona de las novelas en las que desaparece todo límite y el monólogo interior se apodera de la novela. En cierto sentido, Agustín Caballero y Newman son versiones perfeccionadas de sus creadores y sus vidas están llenas de acontecimientos posibles basados en experiencias propias.

Para sugestionar al lector y persuadirlo de la ideología que defienden, hacen uso de **estereotipos**: Los protagonistas son el americano honrado, práctico y renovador social que aleccionará al europeo, y la europea atractiva, sometida a injustas normas sociales y necesitada de salvación y cariño.

## 2. Contexto histórico y político

Aunque pueda resultar obvio, no está de más repetir que la representación realista no es una mera transferencia al papel de signo y referente. La devaluación de tal concepto lleva al altivo desprecio del talento imaginativo de los escritores realistas, considerados como cronistas –ni siquiera fieles– de la realidad contemporánea. El hecho es que el contexto social, la situación histórica y política de los llamados realistas tiene un peso incuestionable en su obra, pero un peso en absoluto incompatible con la carga ideológica que define esta literatura tanto como el rasgo anterior. De ahí que la pretendida mimesis de la realidad, sea para estos escritores una pretensión que sólo difiera en los medios para alcanzarla. El realista acude a la **retórica** con más ahínco del que otros escritores requieren, si bien, en su talento artístico radica que el andamiaje ideológico quede oculto o no afee demasiado el resultado final con torpes manipulaciones o técnicas artificiosas e inútiles por ostensibles.

En el caso de Galdós, la novela que nos ocupa fue escrita en 1889 y recrea un Madrid anterior y pre-revolucionario; el de finales de 1867 y 1868. El protagonista masculino es un indiano, lo que es lo mismo, un hombre que se ha hecho rico en América y vuelve a Europa para «situarse»: casarse, tener familia y disfrutar de lo ganado allí. Sus negocios, vagamente mencionados, se localizan en diversas ciudades europeas. Es decir, el mismo afán internacional de James en *El americano* para describir la situación de su protagonista, aunque en este otro autor más pormenorizado. La novela de James menciona y se sitúa en numerosas ciudades europeas, si bien, la narración principal tiene lugar en París. Como la galdosiana, fue escrita anteriormente (1876-7), aunque la acción, también en ésta, se desarrolla prácticamente en las mismas fechas: comienza en 1868 y se prolonga poco más de un año.

El trasfondo político es el mismo, con las lógicas particularidades. En ambos casos: un revolucionarismo antimonárquico enfrentado al absolutismo en que la nobleza era la clase más beneficiada. En el París que

---

<sup>58</sup> A pesar de la pretendida objetividad de estos escritores, sus novelas analizan y protestan contra esas pequeñas coacciones «es una lucha en contra de los derechos de la personalidad». Cit. por Cardona, p. 895, E. Pound, *Selected Prose: 1909-1965*, Faber, London, 1973, pp. 159-165.

H. James retrata, la aristocracia francesa sigue fiel a una monarquía borbónica desaparecida, a pesar de que los tiempos son muy distintos y el Imperio napoleónico ha impuesto un cierto democratismo del que reniegan<sup>59</sup>. El único personaje rebelde de esta clase social es una mujer, madame Bellegarde, quien se declara revolucionaria radical por su deseo de ser hija de su tiempo. Aunque ella se autodenomina «demócrata», al lector no acaba de agradaarle porque el pretendidamente objetivo narrador se inmiscuye en el relato inicialmente para declarar estas manifestaciones como una «simpática veta», apostillando luego que son un rasgo más de extravagancia en quien revela no tener ningún fundamento<sup>60</sup>. Nuevamente, James realiza un **juicio de valor** –esta vez explícitamente– encaminado a convencernos de la vacuidad aristocrática, inclinándonos al sistema democrático puesto que, además, como nos muestra claramente, el lector es moralmente superior a quien socialmente lo domina.

Lo que Henry James traza superficialmente, identificando a los desocupados y detentadores de privilegios con el legitismo monárquico antinapoleónico -**generalización estereotipada** que sirve para señalar al enemigo–, recuerda a lo que Galdós retrata con mayor detenimiento en ésta y otras novelas. Con todo, en el español hay una intensa relación entre la convulsa historia política nacional y los cambios sociales que sus personajes viven en primera persona: caída de la monarquía, revolución, libertad de cultos...<sup>61</sup>

En este sentido es de señalar que las mujeres, carentes de toda posibilidad de voto, se mantienen al margen, como individuos pasivos a quienes no se les ha educado ni enseñado a pensar. Recuértese como Jacinta (de la galdosiana *Fortunata y Jacinta*) no sabe nada del mundo: pasa de la custodia paterna a la de su marido y, sólo entonces, en su viaje de novios, ve cómo es la vida de muchas mujeres que inocentemente se entregan a los hombres por amor y luego son burladas y abandonadas. Rara es la mujer que tiene conciencia social más allá de la caritativa (Guillermina Pacheco en la misma novela, la intuición de una Benina en *Misericordia*, quizás la Leré de *Ángel Guerra*), pero más raros aún son los casos de personajes femeninos que tengan una ideología política (ni Tristana llega a elaborar políticamente su conciencia de fémina sometida).

### 3. Caracterización de los americanos: Focalización enjuiciadora

Como realistas que Galdós y James son, aún coinciden en más recursos habituales del género, como la **elección de los nombres** de los protagonistas. El protagonista galdosiano, Agustín Caballero, revela en su nombre una hidalguía y augusteza de nuevo cuño, más allá de lo prescrito socialmente. Se trata, por supuesto, de otra técnica de persuasión explícita, pues prescinde de términos neutrales, anunciando al instante de mencionarlos que se trata de hombres importantes a quienes el autor quiere inclinarnos favorablemente.

Aunque Caballero es español de nacimiento, es totalmente americano por educación. Viene a Europa con ideas nuevas y, a pesar de que intenta amoldarse a la sociedad española, son muchas las circunstancias que lo asombran y de las que no sabe salir. Su físico, extraño al europeo y algo ajado, revela la nobleza también

---

<sup>59</sup> La familia protagonista, y como ella, su círculo social, apoyan el derecho al trono del conde de Chabord, Enrique Carlos, llamado Enrique V por los legitimistas a pesar de no llegar nunca a reinar. Así lo declara monsieur Bellegarde a Newman, declarando que «estaba conteniendo el aliento para no inhalar el aroma de la democracia.», op. cit., p. 237.

<sup>60</sup> Op. cit., p. 223.

<sup>61</sup> Pérez Galdós, *Tormento*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, p. 110.

extraña a las costumbres españolas de luchar para sobrevivir:

El color de su rostro era malísimo: color de América, tinte de fiebre y fatiga en las ardientes humedades del golfo mejicano, la insignia o marca del apostolado colonizador que, con la vida y la salud de tantos nobles obreros, labra las potentes civilizaciones del mundo hispanoamericano.

Siempre vi en Caballero una vigorosa constitución física, medio vencida en ásperas luchas con la Naturaleza y los hombres; una fuerte salud gastada en mil pruebas; una hermosura gastada al sol<sup>62</sup>.

La primera persona del segundo párrafo vuelve a colarnos al narrador en la presentación de su alter ego, de su campeón ideológico para convencer de la naturaleza moral superior de su aspecto.

Christopher Newman se le asemeja en que también él se ha labrado su inmensa fortuna con el trabajo duro y el esfuerzo. Como aquél, su nombre es todo un símbolo, en este caso del continente del que procede –renovador y descubridor como Cristo o como Cristóbal Colón– y del modelo de humanidad que ha de regenerar la sociedad europea –Newman: hombre nuevo–<sup>63</sup>. Viene de EE.UU y, como Caballero, desconoce buena parte de los usos sociales del Viejo Continente, adonde ha venido para disfrutar, cultivarse y, finalmente, con la esperanza de encontrar una mujer con quien compartir su vida. Su físico se describe como modelo de una nueva belleza que condensa la moral social propuesta por el escritor: apariencia tosca en la que se reconoce la hermosura del trabajo y las huellas de un esfuerzo ennoblecedor. Newman es –James lo repite varias veces– ejemplar genuinamente americano, encarnación nacional, musculoso y magnífico sin presunciones, ni gimnasios, sino como fruto natural de su esfuerzo. Los parecidos físicos de los protagonistas obedecen al simbolismo del que son portadores:

Su tez era morena, y el arco de su nariz enérgico y bien pronunciado. Los ojos eran de un gris claro y frío, y, a excepción de un bigote bastante poblado, iba bien afeitado. Tenía la mandíbula plana y el cuello nervudo que tan frecuentes son en el tipo americano; pero los trazos del origen nacional atañen a la expresión aún más que al rasgo y era en este aspecto donde el semblante de nuestro amigo resultaba sumamente elocuente. [...] Su expresión poseía esa típica vaguedad que no es vacuidad, esa ausencia que no es simpleza, ese aire de no estar comprometido con nada en particular, de adoptar una actitud de hospitalidad general ante las oportunidades de la vida, de disponer enteramente de uno mismo, tan característico de muchos rostros americanos. Era sobre todo la mirada de nuestro amigo la que contaba su historia; una mirada en la que inocencia y experiencia se fundían de modo singular<sup>64</sup>.

Tanto Galdós como James aluden a que los cuerpos de sus protagonistas han sido modelados por la Naturaleza, vinculando coherentemente el desarrollo muscular y la torpeza de sus movimientos con el esfuerzo que reclaman para renovar la sociedad. Newman y Caballero son *vigor* y *vida*, potencia capaz de la reparación social, modelo del *self made man* –como entonces se decía–, del hombre que ha obtenido su riqueza del esfuerzo propio, no heredado, ni gratuito ni fortuito. Nadie les ha regalado lo que tienen, porque ese es uno de los males sociales más censurables para ambos autores. Lo que los narradores nos dicen es que su belleza externa es la pulida por el tesón y el trabajo, no la pálida blancura enfermiza y delicada del europeo. El trabajo es el nuevo valor que proponen ambos como renovador social, capaz de acabar con el dominio de

<sup>62</sup> Ibid., pp. 34-5.

<sup>63</sup> A este respecto, Cardona recuerda que en una primera versión de la *Doña Perfecta* galdosiana, el protagonista narrador Pepe Rey se llamaba Pepe Nuevo, lo que evidencia aún la finalidad común en ambos escritores de la selección de nombres propios.

<sup>64</sup> H. James, *El americano*, Alba Editorial, Barcelona, 2002, pp. 11-12.

los privilegios por apellido, amistades o recomendación. La burguesía trabajadora es la nueva clase que ha de operar el cambio social.

Newman y Caballero están libres de las cortapisas sociales y su actitud y postura lo anuncian a todo el que los ve –Quijotes de nuevo cuño–. En muchos aspectos representan al *buen salvaje*, y son juzgados por los europeos como incivilizados transgresores, lo cual proporciona narrativamente una perfecta perspectiva enjuiciadora de los vicios sociales. Seres puros, por ello, objetivos y particularmente buenos enfrentados a una sociedad hipócrita y llena de normas que desconocen: «Yo desconozco las mentiras sociales porque no he tenido tiempo de aprenderlas. Así, cuando hablo, digo la verdad pura.<sup>65</sup>», palabras del personaje galdosiano que, *mutatis mutandis*, dirá el jamesiano.

Al leer su desconcierto ante la injusticia de la que son víctimas las mujeres de estas sociedades, el lector, inmerso en tales convenciones, pero ahora sugestionado por el estereotipo, por el nombre y por los hechos urdidos conforme a los fines ideológicos del autor, ha de replantearse la situación. La mirada americana nos proporciona la visión inocente de unos males sociales, tan entremetidos en nuestra vida y a los que nos hemos acostumbrado tanto, que sólo quien se enfrenta a ellos por primera vez puede asombrarse y replantearlos inocentemente.

## 4. Caracterización de las mujeres ideales

Tanto Newman como Caballero se enamoran de jóvenes bellas, dulces, encantadoras y en una situación económica crítica (cuestión que a ninguno de los dos les importa y les facilita su aproximación). La del escritor español, de clase media, y la del americano, noble.

En ambos casos se trata de mujeres con un pasado misterioso, lo que no es impedimento para que el moderno protagonista masculino desee establecer una relación amorosa con ella, contrariamente a lo habitual en Europa (más concretamente, en España y Francia, donde, de revelarse sus historias quedarían estigmatizadas). Esta situación tortura a las dos mujeres; de hecho, ambas podrían apodarse como lo hace la protagonista galdosiana: Tormento (nueva **sustitución del nombre por un término** con el que el lector simpatiza). En el caso de ésta última, se trata de una mujer de clase media baja, que vive de su humilde trabajo y que desea casarse con el protagonista, pero que se atormenta por haber mantenido una turbia relación con un sacerdote sin escrúpulos. A pesar de estar enamorados, la revelación de este secreto y el escándalo que provoca impedirán que se realice el matrimonio que ambos deseaban.

El tormento de la protagonista jamesiana ni siquiera obedece a algún error que haya cometido ella. En el caso de madame de Cintré, Claire, son sus parientes, autores de un crimen familiar, quienes representan el impedimento para que se realice este matrimonio. Pero es también un problema de clases, la clase aristocrática a la que pertenecen no ve con buenos ojos el enlace con alguien inmensamente rico pero ordinario («mercantil»). En cambio, hace años, Claire se vio obligada por su madre a casarse sin amor con un hombre viejo pero noble y aparentemente rico. Tanto en el caso de Tormento como en el de madame de Cintré, esas historias son secretos horribles que las marcan y dificultan aún más su libertad de elección y su búsqueda de la felicidad. En ambos casos, la sociedad enjuiciada es la responsable de las desdichas de ambas

<sup>65</sup> Tormento, ed. cit., p. 55.

mujeres y de los hombres que se enamoraron de ellas cuando sus matrimonios se frustran.

Los americanos quedan desconcertados ante la marginación social de las mujeres y, mediante el enlace que las proponen, pretenden liberarlas de buena parte de las ataduras sociales que les impiden ser ellas mismas y, en definitiva, ser felices. Una de las primerísimas impresiones de *Los europeos*, de la novela así titulada, al pasear por Boston es que las muchachas norteamericanas resultan vivas, expansivas, más desenfadadas<sup>66</sup>. La protagonista de *La lección del maestro* (Marian) goza de una desenvoltura e inteligencia poco habituales pero biográficamente explicadas porque, siendo inglesa, se ha educado en la India. La libertad de Marian fascina a los dos escritores que protagonizan la novela, reverberación literaria de la inclinación de James por las mujeres de este tipo:

La libertad de Marian le fascinaba y le subyugaba; parecía simplificar al máximo lo práctico de la cuestión. Estaba en pie de igualdad con cualquier persona independiente, una huérfana recién egresada de la adolescencia, con su posición y sus responsabilidades, que no estaba sujeta a las limitaciones propias de una señorita. Iba y venía sin carabina que la escoltase pegada a sus talones, recibía a sus visitas a solas y, aunque del todo libre de imposiciones, la cuestión de la protección o la tutela no tenía la menor relevancia para ella<sup>67</sup>.

Pero el escritor sabe que un personaje femenino así de peculiar requiere de una disquisición aclaratoria respecto a la compatibilidad de dicho comportamiento moderno y, en palabras del narrador, el hecho de que no se trataba de una joven «ligera de cascos». Las palabras de Marian respecto a las dificultades de las mujeres para dedicarse al arte, habida cuenta de las muchas trabas que se les impone en esta sociedad, son una insinuación que ni recordamos en Galdós ni en obras anteriores de James.

## 5. El impedimento de clase:

Newman intenta salvar de la pobreza al joven noble, inteligente pero inútil Valentin. Le propone que le acompañe a Norteamérica a él y a su hermana una vez que se hayan casado y se dedique a los negocios bajo su patrocinio. Y aunque Valentin, al principio, considera que para alguien de su estirpe, trabajar sería una «degradación»<sup>68</sup>, acabará contemplando tal perspectiva como un modo de liberarse de las cortapisas sociales.

Este Valentin, consciente del cambio social que se está operando, que ve cómo se comercia con el matrimonio, que siente cómo el honor al que tanto mencionan ha quedado reducido a formulismos vanos, es, en todo esto, muy semejante a otro personaje galdosiano que también estará destinado a la tragedia: Rafael del Águila de *Torquemada en la Cruz* (1893), quien inicialmente también reniega de los matrimonios en que la mujer se vende al hombre rico de baja extracción social. En cierto sentido, ambos mueren al no saber acomodarse al cambio social contemporáneo. Poco antes de que el personaje de James muera en desafío por las atenciones no ya de una dama, sino de una mujerzuela y contra –nada menos que– el hijo de un cervecero, afirma escandalizado:

<sup>66</sup> H. James, *Los europeos*, ..... , cap. 1, p. 7.

<sup>67</sup> James, *La lección...*, p. 79.

<sup>68</sup> *El americano*, ed. cit., p. 318.



-[...] Cuando mi gente, cuando mi raza llega a esto. Es hora de que yo me retire<sup>69</sup>

La misma idea que exclama la hermana de Rafael:

El maldito orgullo de raza. Nosotros lo hemos perdido con este banqueteo espantoso del Destino. ¡Raza, familia, clases! [...] Pero él [Rafael] conserva ese orgullo, la dignidad del nombre que se tenía por ilustre, que lo era... Es un ángel de Dios, un niño: su ceguera le conserva tal y como fue en mejores tiempos. Vive como encerrado en una redoma, en el recuerdo de un pasado bonito, que... El nombre lo indica: pasado quiere decir... lo que no ha de volver<sup>70</sup>.

La **repetición** constante de consignas como éstas inclinan al lector a aceptarlas sin requerir reflexiones ya realizadas inicialmente y permitiéndole seguir construyendo su edificio ideológico sobre bases firmes y comunes.

Lógicamente, si está mal visto que los aristócratas realicen un trabajo con el que ganar dinero, la dificultad se acrecienta en el caso de las mujeres de esta clase. James ni siquiera plantea la posibilidad de que madame de Cintré desempeñe alguna labor que le permita ganarse la vida. Ahora bien, en la misma novela aparece Noemi, joven atractiva de clase media empobrecida que debiera buscar algún trabajo para sacar adelante a su padre. Aunque ella opta por convertirse en una mantenida y vivir de los hombres, enorgulleciéndose de cómo medra socialmente, deseosa de lujos y encantada de que los hombres se batan en duelo por ella. La Isidora Rufete de *La Desheredada* galdosiana, habiendo caído como aquella en la misma situación de vender favores a cambio de dinero, contiene bastante más ternura. Su descenso a las «alcantarillas» madrileñas es tristemente lógico; narrativamente coherente, pero patético. Y este modelo femenino se repetirá en varias novelas del mismo autor, aunque también veremos casos de mujeres de vida irregular como Mauricia la Dura o Aurora Samaniego en *Fortunata y Jacinta*, mucho menos dulces. En *Tormento* el escritor español plantea la misma situación en dos hermanas que quedan huérfanas: la una se pierde del mismo modo que Noemi, la otra, Tormento, sobrevive honradamente como puede, haciendo pequeñas labores. Son muchas las dificultades que ha de afrontar una mujer joven y hermosa cuando es pobre y la sociedad la empuja a ganar dinero con facilidad a cambio de vender su cuerpo. Cuenta el narrador galdosiano que ambas hermanas

habían hecho ese voto de heroísmo que se llama *vivir del trabajo*. El de la mujer sola, soltera y honrada, era y es una como patente de ayuno perpetuo<sup>71</sup>.

No obstante, el propio Galdós indica que sin la protección de alguien desinteresado no habrían podido sobrevivir durante aquellos tiempos de inicial honradez. Hasta Rosalía Pipaón de la Barca acabará entregándose a los hombres para obtener dinero en otra novela, *La de Bringas*. A pesar de sus pujos de nobleza, su ansia de lujos la llevará a gastar más de la cuenta, cayendo en una deshonra muy semejante, aunque más discreta.

No cabe duda de que sea cual sea el país en que vivan las mujeres, la situación es muy difícil para quienes siendo pobres quieran sobrevivir sin tener la protección de un hombre. La transacción de la mujer varía de grado en función de la clase a la que se pertenece: En la clase aristocrática suele solventarse con el matrimonio concertado. La burguesa venida a menos puede acabar siendo amante de un hombre rico. La mujer trabajadora, en cambio, posiblemente acabará poco más o menos en la prostitución. En cualquier

<sup>69</sup> Op. cit., p. 374.

<sup>70</sup> *Torquemada en la cruz*, O.C., Madrid: Aguilar; p. 1417.

<sup>71</sup> *Tormento*, ed. cit., p. 28.

caso y a cambio de dinero, el hombre obtiene un título y unas relaciones sociales ventajosas en el caso de lograr el matrimonio con una aristócrata (*Torquemada, Lo prohibido, Un americano, Washington Square, Las alas de la paloma...*), sexo o amor sin compromiso en el caso de ser una burguesa (*La de Bringas, Tormento, La desheredada, Un americano, Las alas de la paloma...*), o simplemente lo primero, en el caso de una mujer que no tiene que cuidar las apariencias (*Un americano, Fortunata y Jacinta...*). Pocas son las novelas realistas donde encontramos matrimonios de iguales en los que, además, los esposos se aman. Y cuando es así, suelen ser matrimonios de clase media que, a pesar de haberse celebrado más racional que sentimentalmente, han terminado en un enamoramiento socialmente muy conveniente. Evidentemente, buena parte de la causa de esta ausencia obedece a que son casos literariamente menos interesantes, pero tampoco era una situación tan habitual como desearíamos.

Apuntemos nada más el cambio social que ambos escritores reflejan en sus obras, cómo la burguesía irrumpe como nueva clase directora del cambio, proponiendo el valor del esfuerzo, ganando terreno a los privilegios hereditarios. Ambos protagonistas masculinos representan esa revolución social; ambas féminas, el escaso margen de actuación de las mujeres. Surge una nueva nobleza no aristocrática sino del trabajo, la que representan los héroes de ambos escritores.

## 6. Destinos femeninos: matrimonio, prostitución o clausura

En una sociedad tradicional, en la que la mujer tiene como valores fundamentales el matrimonio, la religión, la familia y los hijos, el retrato novelístico de ambos escritores, adalides del «progreso», incide en su empeño de llevar a cabo un cambio social. Dado que el trabajo es impensable para muchas mujeres que deben sobrevivir, quedan el matrimonio, la prostitución (o situaciones semejantes), y la opción religiosa.

Ambas novelas presentan mujeres de todos los tipos expuestos. El personaje americano se erige portavoz de la actitud revolucionaria del autor, advirtiendo del surgimiento de una democracia en la que los títulos no importarán y empezará a considerarse al ser humano por lo que vale y trabaja. Como es sabido, en dicha sociedad las mujeres carecen de una autonomía efectiva, pasando de la custodia paterna a la del marido. Sin embargo, los dos protagonistas masculinos se oponen a ser meros custodios de la libertad de sus futuras esposas y pretenden valorarlas como seres humanos a quienes deben hacer felices. Aunque ciertamente en ambos casos, de efectuarse tales matrimonios, las mujeres gozarían de una independencia fruto de una inusual deferencia de sus maridos.

Resta por mencionar la otra opción habitual para las mujeres que no pudiendo casarse, no quieren tampoco convertirse en mantenidas o prostitutas: El ingreso en un convento. No importa si el escritor es más o menos religioso, el hecho de que una mujer joven y hermosa opte por la clausura les parece una perspectiva aterradora<sup>72</sup>.

La protagonista de *El americano* escoge ingresar en un convento cuando su enfrentamiento familiar se hace insostenible. No sólo Newman considera ésta una decisión absurda sino que el propio James la cree

<sup>72</sup> Cabría mencionar a este respecto la evolución de Ángel Guerra, en la novela galdosiana así titulada, enamorado y redimido por amor a la religiosa Leré.

incoherente, reflejando su propia estupefacción ante tal modo de vida.

Que aquella espléndida mujer, en quien había visto toda la gracia humana y todo el brío de un hogar, se fuese a alejar de él y de todas las cosas brillantes que le ofrecía –él, su futuro, su fortuna, su fidelidad- para embozarse en andrajos ascéticos y encerrarse en una celda era una inexorable combinación de lo inexorable y lo grotesco<sup>73</sup>.

Recorre el autor a otra técnica retórica de efectividad literaria demostrada enormemente persuasiva: la **repetición de una idea** hasta darle credibilidad. Tanto el narrador como Newman están de acuerdo en que su ingreso en las carmelitas es su «entierro en vida», y al cerrarse la puerta del convento, dicen que se cierra la de su «tumba»<sup>74</sup>. La ideología de James le lleva a pintar el catolicismo como la religión de los aristócratas, la clase inoperante, anquilosada y obstaculizadora del avance social. En ningún momento se distingue entre el catolicismo y su radicalización ultramontana. James, a diferencia del más moderado en esto Galdós, no se detiene en matices: **Identifica** catolicismo con fanatismo y consecuentemente, éste, por un fenómeno de **simplificación** acarrea inexorablemente la infelicidad. Son católicos los personajes perversos –Bellegarde o su madre– o los comportamientos absurdos de quienes siendo aristócratas son también buenos –Claire, Valentin y sus amigos–. En esto, James acude al **maniqueísmo** más tosco: por **contraste**, los personajes bondadosos no son católicos. La Sra. Bread es una «buena anglicana de la *Low Church*», el sector más liberal y que menor importancia concede al clero y a los sacramentos. Newman, el hombre nuevo, no tiene religión ni le preocupa. Ni siquiera se había parado a pensar en el catolicismo de la mujer que amaba hasta que ésta decidió ingresar en el convento:

...el catolicismo no era para Newman nada más que un nombre.[...] Si en tierra católica podían abrirse flores blancas tan espléndidas como ésa, no era una tierra insalubre. Pero una cosa era ser católica, y otra hacerse monja... ¡ante sus propios ojos! Había una suerte de lúgubre comicidad en cómo el optimismo absolutamente contemporáneo de Newman se veía confrontado con este sombrío expediente del viejo mundo. Ver cómo una mujer que estaba hecha para él y para la maternidad de sus hijos se le escamoteaba en esta trágica parodia... era algo para frotarse los ojos, una pesadilla, una ilusión, una patraña<sup>75</sup>.

El párrafo es toda una demostración de técnicas retóricas encaminadas a persuadirnos de que el catolicismo es uno de los más peligrosos enemigos del avance social, incompatible con la felicidad humana. En definitiva, Newman nos plantea el error de mantenernos en la indiferencia hacia el catolicismo que inicial e inocentemente él mostraba. Nos viene a decir que carecía de prejuicios, pues era el buen salvaje inocente partiendo de la objetividad pura. Han sido los **hechos –urdidos a tal fin** por el escritor– los que le han llevado a cambiar su actitud, considerándolo ahora una tragedia y una actitud pesimista y pretérita contraria al optimismo progresista, «sombrio expediente del viejo mundo», caduco modo de vivir que sólo acarrea ataduras e infelicidades, antinatural tragedia semejante a la muerte, y **sentencia**: el catolicismo es una patraña.

Bien sabido es que también Galdós se ocupó del problema religioso con prolijidad. Si bien, no hubiera hecho alegatos tan maniqueos como éste, pues nunca atacó la doctrina católica sino el clericalismo social, la interferencia de cierto clero –que no todo– más allá de lo estrictamente espiritual. Así, sus novelas retratan seráficos sacerdotes como Nazarín, pero también oscuros sacerdotes como Pedro Polo en la novela que nos

<sup>73</sup> *El americano*, ed. cit., pp. 392-393.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 415.

<sup>75</sup> *El americano*, ed. cit., p. 396.

ocupa. La naturaleza apasionada y terrenal de Pedro Polo es la contraria de lo esperable en un sacerdote. Sin embargo, el escritor pretende tomar de la realidad contemporánea un triste fenómeno bastante frecuente, la opción por el ministerio como huida de un medio rural en que se siente atrapado y sin posibilidades de prosperar.

*Tormento* también plantea la alternativa religiosa en la protagonista femenina. Cuando Tormento aún no se ha puesto en relaciones con Caballero, éste le plantea la posibilidad de hacerse monja, opción que en principio no le convence pero que empieza a plantearse al reconocer en ella uno de los pocos modos decentes de sobrevivir que la sociedad le deja a una mujer.

¡Ay!, don Agustín, dichoso el que es dueño de sí mismo, como usted. ¡En qué condición tan triste estamos las pobres mujeres que no tenemos padres, ni medios de ganar la vida, ni familia que nos ampare, ni seguridad de cosa alguna como no sea de que al fin, al fin, habrá un hoyo para enterrarnos!... Eso del monjío, qué quiere usted que le diga, al principio no me gustaba; pero va entrando poquito a poco en mi cabeza, y acabaré por decidirme...

La respuesta de Caballero, como representante de la renovación de los tiempos es que hacerse monja es «de países muertos. ¡Mendigos, curas, empleados; la pobreza instituida y reglamentada»<sup>76</sup>. Palabras muy semejantes pero en las que el objeto criticable no es la religión católica propiamente, sino la sociedad en la que algunos de sus representantes han instaurado un modo de vida. El matiz es fundamental, pues a pesar de las evidentes similitudes ideológicas entre James y Galdós, no existe esa misma intensa identificación entre personaje, narrador y autor existente en la novela del primero, pero, sobre todo, el segundo **identifica** atraso con el hecho de que la sociedad haya convertido la vocación religiosa en la única opción para una mujer decente y critica la sistematización social a la que el clero ha llegado.

La revelación de la pasada relación de Tormento con el sacerdote impide que Agustín Caballero la convierta en su esposa. Entonces la protagonista se plantea otras opciones: el suicidio y su regeneración mediante el ingreso en un convento; ésta última medida es la misma que, cuando sus amores se vieron frustrados, se planteó Gloria, la protagonista de la durísima novela homónima de Galdós. Se trata de un tema constante en las novelas galdosianas: el de la hipocresía de la religiosidad aparente y de los matrimonios de conveniencias. Pero el español distingue entre la hipocresía y la fe real, sentida y vivida, no así James, quien muestra una incompreensión hacia el catolicismo que lo lleva al ataque frontal. La crítica del anglosajón peca de superficial y su propaganda resulta demasiado maniquea, por eso la de Galdós, sentida desde dentro por hallarse espiritualmente más próximo a aquello que enjuicia es mucho más efectiva e inteligente.

---

<sup>76</sup> *Tormento*, ed. cit., pp. 54-55.

## 7. La muerte por deshonor

Cuenta Stendhal en su prólogo a *Rojo y Negro* que son muchas las mujeres francesas incapaces de soportar la crítica social de la que son víctimas una vez que se han convertido en objeto de censura por sus devaneos amorosos. De ahí, dice el autor, que muchas de estas mujeres acaben con su vida.

En *El americano*, el joven prometedor Valentin muere en un desafío sin restos de la antigua honorabilidad de éstos –pues se enfrenta por el amor de una mujerzuela y ante un hombre de estirpe inferior–. El joven noble se entrega a la muerte como carnero al matadero, sabiendo el riesgo que corre y sobre todo, consciente de que la mujer que ha propiciado dicho enfrentamiento no es en absoluto merecedora de tanto «honor».

La actitud romántica establecía unas condiciones que, aparentemente, embellecían y elevaban estas muertes. En cambio, el suicidio de Madame Bovary obedece al escepticismo de su creador, quien lo relata a través de quien lo vive con un detallismo realista de enorme contraste con el ánimo e intenciones idealizadoras y románticas de la protagonista. Frente al romanticismo criticado por Flaubert como idealización inútil en la prosaica sociedad contemporánea, el suicidio frustrado de Amparo en la novela de Galdós es un magistral manifiesto realista. Ambos suicidios, magníficamente puestos al servicio del trazado psicológico de sus personajes y de la coherencia narrativa, se amoldan a la finalidad última de sus críticas. Por eso, Amparo fracasa en su intento de acabar con su vida, porque en la sociedad contemporánea lo más «realista» no es acabar con la vida por amor, sino renunciar al idealismo y rebajarlo acomodaticiamente. Los protagonistas no se casarán ni tendrán una feliz familia socialmente irreprochable, lo común en esta sociedad moderna es la solución media: si son sólo amantes no habrá desdoro en el honor de nadie. Estigmatizada por un pasado ahora divulgado, la mujer ya no es digna esposa y deberá conformarse con el más deslucido papel de amancebada.

## 8. Conclusiones:

Queda establecida la incuestionable pretensión propagandística de la novela realista. Tanto James como Galdós recurrirán a diversas técnicas retóricas que los ayuden a persuadir al lector de su propia ideología, la protesta contra el atraso social europeo, la necesidad de renovación y la urgencia de un cambio en la situación de la mujer, víctima propiciatoria de los desmanes de los privilegiados.

La perspectiva narradora de ambos escritores no es idéntica pero sí semejante: El relato es focalizado a través de personajes que trasladan al lector la ideología de sus creadores. Agustín Caballero y Christopher Newman son idealizaciones de sus creadores y sus vidas están llenas de acontecimientos posibles basados en experiencias propias.

Ambas novelas eminentemente sociales, denuncian la situación de anquilosamiento europeo frente al modelo progresista americano. Los personajes tan sólo se distancian ligeramente de sus creadores para adquirir una función narrativa enjuiciadora; la propia del hombre nuevo ajeno, puro e inocente –inteligente y trabajador modelo del *selfmade man* americano– hombre hecho a sí mismo.

Así, proponen la redención social a través del trabajo y la urgente necesidad de acabar con privilegios clasistas y desventajas de género. Presentan un nuevo modelo social: ambas protagonistas femeninas tienen un pasado amoroso, frente al modelo social de la virgen doméstica poco cultivada y ángel del hogar, o únicamente concedora de pequeñas tareas domésticas, sin relaciones amorosas anteriores, sin ideas propias y absolutamente desarmada ante la posibilidad de ganarse la vida. En las novelas analizadas, Galdós arriesga más y parece más avanzado, pues *Refugio* no sólo ha mantenido una relación amorosa sin unión matrimonial (como sí ocurre en otras novelas de James) sino que lo ha hecho con un hombre prohibido por su ministerio sacerdotal. *Refugio* se sabe y reconoce pecadora arrepentida; ese arrepentimiento la eleva moralmente a nuestros ojos, el lector perdona su falta aunque su sociedad no lo haga. Su pertenencia a una clase social más baja que madame Cintré le posibilita dos opciones: entregarse a otros hombres o trabajar. Sólo un Caballero de nuevo cuño puede ofrecerle matrimonio, pero, cuando la sociedad presiona, lo único que logra es ser su amante. Se disipan las esperanzas de orden, regularidad y paz social de los enamorados que fracasan en su enfrentamiento a la sociedad.

Por supuesto, las diferencias estilísticas los separan aún más: Galdós trata de limar su estilo y llevarlo a todo lector, en tanto que James riza su sintaxis e intenta una elevación más elitista. Es también mayor la tendencia ensayística y descriptiva del español, ganando el relato en congruencia y análisis psicológico, en tanto que del amenísimo James habría que elogiar el hábil manejo de la acción. Aunque más superficial, esto redundaría en beneficio del dinamismo, cuya efectividad radica en la agilidad de una narración llena de acontecimientos. Como contrapartida, lo cierto es que, en ocasiones, James opta por no ahondar en los sufrimientos de los personajes, de modo que las motivaciones por las que toman determinadas decisiones pueden resultar algo inconsistentes. A un lector competente le resultará demasiado trivial la generalización con la que identifica nobleza y catolicismo, reconociendo la estrategia del autor que parte de su crítica a la aristocracia como responsable de detener el progreso para dar como evidencia la culpabilidad de dicha religión en el anquilosamiento social. Para lograr un mayor efectismo el escritor se ve forzado narrativamente a encerrar en un convento a la protagonista femenina –descrita como inteligente, buena, coherente, espiritualmente delicada y, en todo extremo, de excelsas cualidades–, lo cual resulta un comportamiento inexplicable e inexplicado. Es una huida de la familia y de la opresión social, pero que hubiera sido perfectamente compatible con su unión a Newman. A lo largo del relato el narrador ha insistido en las excelsas virtudes de madame Cintré, discordantes con la extraña e incoherente obcecación que demuestra al renunciar a todo, pero proporcionando un final contundente y efectista para completar la crítica del autor, poco aficionado a los párrafos reflexivos sobre causas del deterioro social europeo. La tragedia final es suficientemente elocuente y los lectores entienden fácilmente quiénes han sido los responsables de la infelicidad de los protagonistas. Como James anticipaba, es ésta «una sociedad en la que el ambiente hace que todos dejen de ser ellos mismos<sup>77</sup>».

Quedan muchos otros aspectos interesantes por estudiar respecto a estas dos novelas y que revelan más semejanzas temáticas, ideológicas y retóricas en ambas novelas. No hemos podido tocar temas colindantes al femenino como el del ámbito doméstico, su reino por antonomasia, reflejado en ambas novelas –probable herencia balzaquiana– como demanda de la necesidad de introducir innovaciones que hagan más cómoda la vida diaria. En las dos novelas hay interesantes descripciones y reflexiones al respecto, concordando con la ideología y estrategias expuestas. Otro aspecto interesante que no hemos podido abordar es el de las relaciones con el servicio doméstico y cómo estas varían al tiempo que lo hace la sociedad, pasando de los lazos afectivos de antaño a una pura relación comercial. Tanto en Galdós –ya en *La de Bringas* pero continúa en *Tormento*– como en James –fundamental el papel de la antigua empleada de los aristócratas que acaba sirviendo Newman– se trata de un tema de gran operancia narrativa.

---

<sup>77</sup> *El americano*, ed. cit., p. 215.

Sintetizando rápidamente la conclusión general, queda de manifiesto que, salvo excepciones, ambos autores logran magníficamente aparentar una objetividad que distan mucho de sentir. Tanto de Galdós como de James hemos de agradecer la escasez de recursos explícitos, como las incursiones del narrador o los juicios de valor. Serán generalmente los hechos los encargados de espolear la premisa discursiva de *movere*, de incitar al lector a tomar una postura.

El realista se propone enseñar deleitando, para lo cual dosifica ingeniosamente artificios y técnicas de persuasión como las enumeradas: la utilización de estereotipos, las repeticiones (en la novela galdosiana, con variantes), la presentación maniquea de una realidad, la búsqueda de contrastes e identificaciones generalizadoras o el efectismo final (la clausura como muerte de madame de Cintré y el amancebamiento de Refugio como una alternativa al suicidio).

Visto lo cual, no cabe duda de la genialidad también retórica de ambos escritores, elocuentes conforme a los requisitos ciceronianos que consideran buen retórico a quien *demuestra*—para lo cual, son ellos los urdidores de hechos—, a quien *deleita* y a quien finalmente *inclina*, empleando el estilo preciso para demostrar, el moderado para deleitar y siendo más vehementes para inclinar.

## 9. Bibliografía

Álvarez, M. Antonia (1988), *América-Europa como ideal de civilización en Henry James*, Madrid: UNED.

Cardona, Rodolfo (2001), «Henry James y Benito Pérez Galdós: Encuentros y desencuentros», *Actas del VII Congreso Internacional Galdosiano*, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 894-898.

Gordon, Lyndall (1998), *A private Life of Henry James*, Norton.

James, Henry (2002), *El americano*, Barcelona: Alba Editorial.

——— *La lección del maestro* (2004), Madrid: Espasa Calpe.

———, *Los europeos* (1999), Madrid: Alianza Editorial.

Ortiz-Armengol, Pedro (1996), *Vida de Galdós*, Barcelona: Crítica.

Pérez Galdós, Benito, *Tormento* (1988), Madrid: Alianza Editorial.

——— *Torquemada en la cruz, O.C.*, Madrid: Aguilar.

Pound, Ezra (1978), *Selected Prose: 1909-1965*, London: Faber.